

En este número

I

Hoy es evidente que se vive en América Latina un nuevo periodo de ascenso de la lucha de clases. Aunque en realidad el auge corre a lo largo de toda la última década, las luchas de la primera mitad de los años setenta concluyeron con la derrota de las clases dominadas. Desde 1977, sin embargo, el nuevo ascenso se caracteriza por un aumento en el número de huelgas y movilizaciones obreras, campesinas y populares y por una mayor radicalidad, que se expresa no sólo en una definición más nítida de objetivos de clase, sino también, de manera notable en algunos países, por la combinación de diferentes formas de lucha de masas con acciones militares.

Un episodio de este proceso, de la mayor importancia, la constituye la victoria sandinista, que cumple en estos días su primer aniversario. La revolución nicaragüense avanza y gana profundidad: a pesar del asedio imperialista y del cerco de las dictaduras militares centroamericanas, y a pesar también de las acciones contrarrevolucionarias internas obviamente alentadas por aquéllos. El centro de gravedad de la revolución, se puede constatar a la distancia de un año de aquel triunfo, continúa localizado en América Central. En el Salvador existe una situación prerrevolucionaria, preinsurreccional. La exitosa huelga general de 48 horas, los días 24 y 25 de junio, llevó el proceso de la revolución salvadoreña a un nivel más alto. Produjo un mayor aislamiento interno de la junta cívico-militar y mostró al mundo que ésta carece por completo de base social y se sustenta, por tanto, sólo en el poder de las armas, en la represión y el terror desatados contra el pueblo. La huelga fue también el escenario inmejorable para el anuncio de la unificación del mando revolucionario. Si este nuevo paso de las vanguardias se demuestra tan sólido como los anteriores dados en la misma dirección, el pueblo salvadoreño se habrá dotado de un elemento estratégico inestimable para intentar la insurrección con posibilidades de éxito, como lo ensaña la experiencia sandinista.

La solidaridad obrera y popular con Nicaragua y El Salvador, con la clase obrera y el pueblo guatemalteco y sus vanguardias; el mayor desarrollo de la lucha de las clases dominadas en otros países latinoamericanos, son también condiciones fundamentales para el avance de la revolución

centroamericana. Por eso es importante analizar las actuales tendencias de la lucha de clases en nuestros países, caracterizar las contradicciones del periodo, examinar las nuevas formas de lucha, siempre con la visión enfocada en el hecho, hoy indiscutible de que la revolución es un combate que se libra a nivel continental. Con este propósito publicamos, en este número de *Cuadernos Políticos*, cuatro trabajos que contribuyen a ese necesario estudio.

El primero es un artículo de Adolfo Gilly: “La reorganización de la clase obrera latinoamericana”. Apelando a la gran riqueza y posibilidades del análisis de clase, Gilly precisa las principales tendencias y contradicciones del periodo; las enmarca en el contexto internacional y analiza los cambios en la economía latinoamericana, productos de un nuevo tipo de inserción en la división internacional del trabajo. Todo ello le permite delinear nuevas formas de enfrentamiento de clases y los aspectos novedosos de la lucha actual, así como las transformaciones que se han producido en el interior de las mismas clases y del Estado. Para Gilly, el dato fundamental a considerar: la moderna reorganización del movimiento obrero, manifestada en el surgimiento de diferentes formas y niveles de autoorganización, apunta a una definición de carácter estratégico: la lucha contra el núcleo del nuevo modo de dominación, el despotismo del capital en el proceso del trabajo, es el eje alrededor del cual es necesario organizar las restantes demandas del proletariado y sus alianzas. Pero, atendiendo a la diferencia de condiciones y situaciones, por países o regiones, Gilly presenta una suerte de tipología de la reorganización, y concluye su escrito con el análisis de las dos grandes corrientes en que se ha dividido la izquierda latinoamericana. Las tesis de Gilly son una aportación para el mayor conocimiento del curso actual de la revolución continental.

En México son todavía escasos los estudios sobre el proceso del trabajo y sobre las nuevas manifestaciones de la lucha y de organización obrera en el ámbito interno de la fábrica. Ello a pesar de la existencia de un considerable sector obrero moderno, localizado en las industrias productoras de bienes de consumo duradero y de bienes de capital, que ha participado de manera notable en las movilizaciones y huelgas de los últimos diez años. Un sector por cierto imprescindible para el diseño de una estrategia revolucionaria de reorganización obrera, capaz de disputar la hegemonía al sindicalismo oficial, estructurar las necesarias alianzas sociales y conducir las luchas a un nivel más alto. El requerimiento de estudios de este tipo parece aún más urgente si tomamos en cuenta que en el periodo actual, como lo demuestra por ejemplo el énfasis patronal puesto en la necesidad de aumentos

en la productividad, se define una tendencia hacia un mayor control del capital sobre el proceso productivo. Seguramente los dos trabajos que publicamos a continuación estimularán el interés de otros investigadores.

En “Proceso de trabajo y poder sindical en la fábrica El Ánfora”, Ma. de la Luz Arriaga y Margarita Márquez investigan la relación entre el proceso de trabajo y acción sindical, en una industria en la que se combinan métodos de producción maquinizados, semimaquinizados y manuales y en el cual existe un sindicato democrático de larga tradición. Desde una perspectiva crítica, las autoras analizan, a la vez, las grandes limitaciones de una estrategia sindical economicista, las formas espontáneas de resistencia de los trabajadores frente al incremento del poder del capital sobre el proceso del trabajo y del despunte de una nueva estrategia de acción sindical y obrera que, al desarrollarse, apuntaría al problema fundamental del control proletario sobre el proceso productivo.

Sergio Sánchez, Raúl Nieto y Augusto Urteaga, por su parte, dedican su atención a los trabajadores de la industria del calzado de la ciudad de León. Opinan que es importante no descuidar el análisis de las condiciones de vida y de trabajo y las luchas contra el capital que protagonizan los obreros de las ramas tradicionales. A partir de allí, estudian las condiciones de trabajo, las formas de organización del dominio del capital en la industria zapatera y de las diversas formas de resistencia proletaria, extremadamente difíciles en un medio en donde la organización sindical es prácticamente inexistente. Destaca en este artículo el recuento de las formas que adquiere el complicado, penoso, cotidiano enfrentamiento de los trabajadores del calzado contra sus explotadores.

John Humphrey cuestiona ampliamente en su artículo, “Control del trabajo en la industria automotriz brasileña”, las opiniones que tienden a ubicar a los trabajadores del sector industrial moderno en la situación de una élite, separada del conjunto de la clase por sus mayores niveles salariales y su mayor capacitación, producto de la llamada heterogeneidad estructural de la industria. Sin embargo, como lo documenta, ninguno de los dos argumentos es demostrable en el caso de la industria brasileña del automóvil. Examina las formas de control del trabajo por el capital en los años setenta, y ubica con precisión el proceso de trabajo como proceso fundamentalmente de valorización del capital y no simplemente como proceso técnico, lo que lo permite sostener la hipótesis según la cual, como resultado de las nuevas condiciones que empezaron a existir en Brasil desde 1977, en particular la

apertura sindical limitada, es posible esperar un cambio en la formas de control de capital. Este artículo, aunque fue escrito antes de las luchas de los obreros automotrices y metalúrgico de abril-mayo de 1980, ilumina las causas estructurales que explican porque, de manera cada vez más nítida, ese sector obrero aparece como la vanguardia del actual proceso de recuperación y reorganización obrera en Brasil.

II

Abrimos esta edición con un importante y sugerente ensayo de John Holloway: “El Estado y la lucha cotidiana”. En él, Holloway discute algunos de los más importantes problemas sobre el tema del Estado, aquellos que han constituido el núcleo de la discusión marxista contemporánea: la relación entre lo económico y lo político; el Estado como *forma* de las relaciones sociales y e concepto mismo de forma; la dominación burguesa como formas de dominación no finas, sino que requieren ser constantemente renovadas debido a las existencia de la lucha de clases; el fetichismo y la fetichización; el proceso de individualización y de colectivización capitalista, que tienden a oscurecer la estructura clasista de la sociedad; la crisis, concebida aquí como una crisis de las relaciones sociales capitalistas y no desvinculada en crisis económica y crisis política; en fin , la distinción entre forma estatal y aparato estatal. La perspectiva desde la cual el autor aborda problemas tales como el tan debatido de la “autonomía relativa” del Estado, permite verlo dentro de una nueva dimensión en la que parecen esfumarse sus connotaciones mecanicistas. Según Holloway, se requiere una teoría del Estado en cuanto práctica clasista cotidiana de la burguesía, capaz de orientar la lucha de quienes, también cotidianamente, se enfrentan al Estado, dar cuenta de la actual extensión del Estado y, en consecuencia, reconocer las nuevas formas de lucha como otras tantas expresiones del enfrentamiento de la clase obrera. En nuestro medio, donde ha sido tan profunda la influencia de Nicos Poulantzas, cuyas innegables contribuciones a una teoría marxista del Estado son sin embargo, junto a otras, cuestionadas por Holloway por su ineficiencia para guiar el combate práctico, este ensayo contribuirá a airear y ampliar la discusión.

III

“Identidad y cultura en el Perú”, de Julio Ortega, es una reflexión sobre la necesidad de un discurso

alternativo, cultural y político. La necesidad de fundar esta nueva “lógica del sentido” aparece desde el origen del discurso peruano, en el Inca Garcilaso de la Vega y en Felipe Guamán Poma de Ayala, el indio dibujante. Satisfacer esta tarea, es decir, construir un modelo emancipador alternativo, autogestionario, sustentado en la reformulación de la identidad social jerarquizada en una identidad crítica y plural, según el autor, continúa siendo un requerimiento, tanto de la teoría como de la práctica, pues incluso el discurso político de la izquierda radical peruana, opina, se mantiene como un subsistema del discurso dominante.

IV

Las rebeliones indígenas en México forman parte de las tradiciones de lucha popular. Explotados y vejados, sometidos, los indios, aunque esporádicamente y sin éxito, han manifestado su oposición en numerosas formas, a veces violentas. Aunque han sido objeto de investigaciones y relatos la llamada guerra de castas de Yucatán, los alzamientos yaquis o los levantamientos ocurridos a lo largo de porfiriato sobre todo en el centro del país, la historia de las rebeliones y de las múltiples formas de la resistencia indígena contra la penetración cultural, la destrucción de sus comunidades y la explotación, desde su propia perspectiva, es decir, desde la visión de los de abajo, es una historia que aún está por escribirse y rescatarse. Es necesaria para que las comunidades indígenas del país, a partir de su propio dinamismo, se incorporen a la lucha general de todos los dominados y explotados por su emancipación. Cerramos esta entrega con un trabajo de John Tutino: “Rebelión indígena en Tehuantepec”, en el que examina dos alzamientos: uno de mediados del siglo XVII y otro que tuvo lugar hacia finales de la década de 1840, ambos protagonizados por los zapotecas de Juchitán.